

Reavivemos el rostro mariano del Instituto

Queridas hermanas:

El contenido de esta circular nace de dos motivos: el primero se refiere a la *Fiesta de la Gratiud mundial* que se celebra en Asunción (Paraguay). La propuesta del tema y del eslogan que nos han ofrecido ha implicado a personas en todo el mundo, haciendo más sólida nuestra realidad de *familia* unida por los valores de la espiritualidad salesiana más allá de los confines geográficos, de las culturas y de las peculiares tradiciones.

Deseo expresar un profundo agradecimiento a cada una, a las comunidades educativas, a las jóvenes y a los jóvenes, a cada persona, el haber acogido con apertura de corazón esta iniciativa. Gracias también por los numerosos gestos de solidaridad que me han ido llegando. Estas ayudas servirán para la construcción de una obra en San Lorenzo (Paraguay), un espacio donde los jóvenes puedan encontrarse, y para otras necesidades urgentes del Instituto.

El segundo motivo es la celebración del *150° de la consagración de la Basílica de María Auxiliadora en Turín*, mencionado ya en la circular coral n. 976. El 150° es para nosotras, no sólo un acontecimiento histórico, sino una llamada a hacer brillar con nueva luz aquel monumento vivo de gratitud a María, levantado por don Bosco en la Iglesia. Si en la circular anterior puse el acento en la construcción de aquel templo que es la Basílica de María Auxiliadora, en ésta quiero poner aún más en evidencia la realidad del *monumento vivo* que es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Es bonito redescubrir el don de ser *memoria viva* de María, vivir como comunidad el estilo de María, comprometidas en manifestar hoy “lo inédito de su vida” y en transmitir la certeza de su presencia de Madre a las generaciones jóvenes (cf *Proyecto Formativo. En los surcos de la Alianza*, p. 31). Reavivar el rostro mariano del instituto es testimoniar que el monumento vivo de la Auxiliadora está vivo y dinámico; es estar disponibles para escribir cada día un trozo de historia con las jóvenes y los jóvenes, porque sólo junto a ellos, es completo el canto del Magnificat y brilla con la belleza típica del carisma salesiano.

Monumento vivo para expresar el agradecimiento a María

Para ser monumento vivo de gratitud a María es preciso ser “verdadera imagen de María”, como exhortaba Madre Mazzarello (cf *Cronohistoria III*, p. 216), es decir, que reproduzcamos en nosotras la imagen de la Virgen, viviendo en plenitud nuestra identidad de Hijas de M^a Auxiliadora. Cuanto más la miramos a Ella, más descubrimos la belleza y la profundidad de nuestra vocación y misión en la Iglesia. Incluso María puede ser considerada monumento vivo de gratitud: un gracias perenne que celebra la gloria de Dios.

Un monumento sirve sobre todo, para “hacer memoria”. María es mujer de memoria. El Evangelio nos la presenta como aquella que «custodiaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). Con frecuencia, las realidades que custodiaba eran incomprensibles, superaban su misma capacidad intuitiva. Suscitaban asombro frente al misterio de un Hijo que había generado en la carne, pero cuyo comportamiento no podía explicarse con categorías puramente humanas. Desde el primer anuncio del Ángel, María comprende que, en su pobreza, puede únicamente “fiarse” y cantar el *Magnificat*: un canto en el que la memoria de las grandes cosas realizadas por Dios se expresa en reconocimiento y gratitud. El *Magnificat* sintetiza la identidad misma de María: una alabanza perenne de gratitud al Padre por lo que ha realizado en su experiencia personal y en la historia, de generación en generación.

«Hacer memoria» es una actitud típicamente cristiana. El mismo Jesús nos ha dejado la Eucaristía como “memorial” de su presencia en medio de nosotros. Y en el Calvario, nos ha confiado a su querida Madre. Eucaristía y María son aspectos claves de nuestra identidad.

Una primera dimensión del monumento vivo es, por tanto, la de ser como María. Mujeres de memoria. En un tiempo en el que estamos constatando una profunda pérdida de memoria, tendemos a delegar cada vez más, en los instrumentos tecnológicos la función de “conservar la memoria”. No ponemos en duda la importancia de estos medios, pero pueden hacernos olvidar la memoria del corazón, las narraciones de vida, las relaciones fraternas, el diálogo. Corremos el riesgo de olvidar también el pasado reciente, del que parece que no hemos aprendido nada, exponiéndonos así, a repetir los errores de la historia. Pasamos rápidamente de una experiencia a otra, de un episodio al siguiente, sin custodiar y meditar, sin encontrar vínculos, contrariamente a lo que hacía María. Pero, de este modo, perdemos también el sentido de los hechos históricos, del vínculo y de la solidaridad con las generaciones que nos han precedido y con las que nos sucederán.

Alguno puede preguntarse: «¿Para qué levantar monumentos?». «¡Vivamos el momento presente!». Sin embargo, el presente sin la referencia al pasado y sin la proyección hacia el futuro resulta episódico y privado de un sentido global.

Como creyentes tenemos una historia muy rica, capaz de revitalizar el presente porque está llena de la presencia de Dios, fuente de novedad y de esperanza. El pueblo de Israel lo había comprendido y transmitía gustosamente a sus hijos la memoria de una experiencia guiada por Dios y abierta al futuro: «Lo que hemos oído y conocido y nuestros padres nos han contado no lo tendremos escondido a nuestros hijos. Contaremos a la generación futura las hazañas del Señor y las maravillas que ha cumplido [...]. Estos, después, se levantarán para contarlo a sus hijos, para que pongan en Dios su confianza y no olviden las obras de Dios» (*Salmo 78, 3-7*).

También el Nuevo Testamento se propone entregar la memoria viva de Jesús a los discípulos de todos los tiempos. Leemos en la primera carta de Juan: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos del Verbo de la vida [...] os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (*1 Jn, 1-3*).

Ser un monumento vivo de gratitud es custodiar la memoria y entregarla a las generaciones futuras. Pero no se puede transmitir nada sin haber hecho experiencia hasta “ver, oír, tocar”. Recordar es *volver a pasar por el corazón*. Solo se puede hacer brotar del corazón lo que ha sido interiorizado en el silencio y en la contemplación. Un *monumento* sin esta base de interioridad y de oración, es frágil: es un monumento sin fundamento. Estamos llamadas a ser mujeres de memoria *con* María y *como* María que puso su fundamento en Dios. El monumento vivo que es el Instituto, por tanto, debe tener raíces profundas en el Evangelio y en el carisma.

Todas nosotras, queridas hermanas, estamos invitadas hoy, a ser *memoria de María* con la vida, con el estilo de relaciones, la actitud orante, la misión entre las nuevas generaciones. Espero que podamos cultivar cada vez más una vida rica de interioridad, firme en la fe y en la esperanza, fuerte en el amor, fiel a la consigna de nuestros Fundadores. Muchas ya viven así. Siento la necesidad de agradecerles el testimonio que descubro en los encuentros directos y en otras formas de comunicación.

En comunidad con el estilo de María

Ser memoria viviente de María exige que estemos enraizadas en la historia: personal, de nuestro Instituto y de toda la humanidad; exige la sabiduría que sabe descubrir en los pliegues de esta historia el proyecto de Dios, el coraje y la frescura del testimonio, la ascesis de la transparencia. Solo así podemos ser “signo y expresión del amor de Dios”(cf C art.1). Somos monumento vivo a María Auxiliadora *como comunidad*. Don Bosco quiso que todo el Instituto celebrara las gracias concedidas por esta buena Madre y fuera el gracias a Ella a lo largo de los siglos. Por lo tanto, la mejor expresión de este gracias es revivir hoy el estilo de María.

El Papa Francisco nos ayuda a redescubrirlo en el hoy. Nos presenta a María como Madre de la ternura, humilde, pobre de cosas y rica de amor. Necesitamos, subraya el Papa, un corazón de madre que sepa custodiar y expresar la ternura de Dios y escuchar los latidos de cada persona: es una exigencia de la vida cristiana y, yo añado, de la vida consagrada salesiana. Mirando a la Madre, nos sentimos animados a abandonar tanto lastre inútil y a reencontrar lo que de verdad cuenta: el amor (cf *Homilía*, 1 de enero de 2018).

Solo un gran amor puede hacernos vibrar, puede disponernos a la escucha de la Palabra, abrirnos al sueño de Dios sobre nosotras y sobre la comunidad: *un sueño de comunión*. María, de hecho, es madre de la comunión; es aquella que crea la unidad de la familia humana, cuida de cada uno, de cada una de nosotras, sin dejar atrás a nadie y sin descartar a ninguno.

Es la que, en los comienzos de la Iglesia, ayuda a los Apóstoles a hacer comunidad. Los Hechos de los apóstoles nos presentan a la Iglesia de los orígenes como comunidad reunida en oración junto a María, la Madre de Jesús (cf *Hch* 1,12-14). Y es junto a ella como reciben el Espíritu Santo y salen con valentía del Cenáculo a anunciar la “buena noticia” de que ¡Jesús ha resucitado! María es Madre del encuentro porque es la Mujer del sí que ha permitido el encuentro de Dios con la humanidad mediante la encarnación.

A Ella, pues, nos dirigimos para construir nuestras comunidades, armonizando la unidad en la diversidad, como monumento viviente de piedras diversas y preciosas, pero todas resplandecientes de la luz de Dios. María nos coge de la mano y nos conduce a Cristo. Y puesto que, donde está María, está el Espíritu Santo, con María, nuestras comunidades se vuelven *más espirituales y, por ello, más auténticamente humanas*. El esplendor de lo humano, queridas hermanas, brillará en nuestras comunidades si vivimos una vida de profunda interioridad, de oración y caridad recíproca. La luz que irradiaba la vida de don Bosco y de madre Mazzarello sobre los jóvenes, incluso en medio de tanta actividad, procedía de su “permanecer en Dios”.

Con frecuencia nos vemos envueltas en jornadas frenéticas, con muchas tareas que nos agobian y nos impiden dejar espacio a Dios. Reservar un tiempo oportuno para el encuentro cotidiano con Él es una urgencia que constato en muchas de nuestras realidades. Es condición para la fidelidad que mantiene viva la belleza y la alegría del primer encuentro, del primer sí con el que iniciamos nuestro camino de consagradas y donde encuentra fecundidad nuestra acción apostólica.

El secreto de la vida espiritual – dice el Papa Francisco – es dejarse encontrar por Jesús y colaborar para ayudar a encontrar a Jesús. Encontrarse con Jesús como hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, nos ayuda a superar la retórica estéril de los “hermosos tiempos pasados”, a hacer callar el “aquí ya no va nada bien”. Deseo – continúa el Papa – que reavivéis hoy mismo el encuentro con Jesús, caminando juntos hacia Él; y esto dará luz a vuestros ojos y vigor a vuestros pasos (cf Homilía, 2 de febrero de 2018). Son expresiones alentadoras y al mismo tiempo, nos hacen reflexionar mucho. Oración y caridad contribuyen al clima espiritual.

Madre Mazzarello recordaba a las hermanas: «Mis buenas hermanas, pensad que donde reina la caridad está el Paraíso. Jesús se complace de estar en medio de sus hijas que son humildes, obedientes y caritativas, haced de modo que Jesús pueda estar de buena gana entre vosotras» (*Carta* 49,3). Comprendo que no siempre es fácil vivir las exigencias y los desafíos que la vida de comunión nos presenta. María nos enseña a no huir de los desafíos, sino a acogerlos como oportunidad. Ella, que ha compartido con los Apóstoles en el Cenáculo esperanzas y dificultades, preocupaciones y alegrías, nos ayuda también hoy a nosotras a tomar de nuevo conciencia de la necesidad de gestos de humanidad pues notamos, muchas veces, su falta; de una sencilla sonrisa que inspira confianza; de una escucha alimentada de silencio y de amor; de una mirada benevolente rica de simpatía y signo de acogida sincera; de una disponibilidad para mantener viva la acogida de la diversidad y la multiculturalidad presentes también en nuestras comunidades.

A veces, la excesiva idealización de la comunidad puede llevar a no estar atentas a cada persona en su especificidad y a encontrar dificultad para acoger las diferencias. Es importante, sin embargo, aceptarnos por los diversos dones de que somos portadoras y por nuestras mismas fragilidades. En las piedras del monumento caben también las imperfecciones y asperezas. Si sabemos valorarlas, darán armonía al conjunto. Ninguna piedra va desechada, porque ninguna es inútil.

Vivir el ideal de comunidad-comunión, donde se valora la riqueza y la reciprocidad de las relaciones sin idealizarlas, quiere decir acogerse con misericordia y permitir a todas resplandecer a partir de lo que cada una es y puede dar. Esta actitud, enraizada en la vida según el Espíritu, forma el “cemento” que mantiene unidas las piedras, permitiendo a cada una expresar su peculiar característica. No hay

una piedra más valiosa que otra. Todas las piedras son igualmente importantes y necesarias para la belleza y la solidez del conjunto.

Además de proclamar la gratitud a María, el monumento querido por Don Bosco está llamado a expresar también el gracias recíproco.

Cada hermana es un don para la comunidad y para el Instituto. Recuperar esta característica del agradecimiento recíproco exige aquella reconciliación continua que realiza el Espíritu de amor que renueva continuamente la comunidad.

¿Cómo vivimos estos aspectos en nuestra realidad? ¿Somos conscientes de la responsabilidad de ser hoy, como comunidad, *memoria viviente* del estilo de vida de María para transmitir con alegría a las generaciones jóvenes? ¡Ésta es nuestra identidad!

De generación en generación

El monumento, que siempre está en construcción, será más completo si es capaz de incluir también a los seculares y a los jóvenes: estos nos ofrecen una belleza de novedad que abre al futuro y a la esperanza. Sin ellos nuestro *Magnificat* de gracias a María no sería completo y no tendría la belleza que caracteriza el carisma salesiano.

Queremos que nuestro monumento sea alegre, simpático, en grado de alimentar los sueños, más aún, de suscitar la capacidad de soñar en grande.

Podemos ser con los jóvenes *monumento vivo* si los educamos en el estilo del Sistema preventivo, el estilo que María misma inspiró a don Bosco: “No con golpes, sino con la persuasión y la bondad ganarás a estos tus amigos”. Por tanto, el método es el de prevenir con la razón, la bondad, ayudando a los jóvenes a cultivar grandes deseos, grandes sueños, grandes ideales. Sobre todo mostrárselos encarnados con el testimonio de nuestra vida de comunidades educativas. Los jóvenes formados según la espiritualidad mariana del Sistema preventivo son los más indicados para “regenerar la sociedad” desde dentro.

Los jóvenes han dicho al CG XXIII que esperan de nosotras una mirada benévola y confiada que los escuche, los valore, los acoja, los ame y disfrute estando con ellos. Nos han pedido que no sintamos temor si no comprendemos, de entrada, su lenguaje y su modo de ser, y que no dejemos de confiar en ellos si no los comprendemos, sino que tengamos la paciencia de los procesos largos.

El monumento viviente es impensable sin los jóvenes. Ellos son las piedras nuevas, piedras portadoras de sueños, de colores, de futuro. *Los jóvenes ofrecen lo inédito al monumento*: la modalidad nueva con la que expresar el rostro mariano hoy. Ellos mismos nos indican los caminos para educarles y para dejarnos educar.

Para que el monumento de gratitud – formado por FMA, seculares y jóvenes – pueda resplandecer de generación en generación, es necesario que mantenga su especificidad. Un monumento de gratitud sólo puede estar formado por corazones agradecidos.

Como educadoras, no sólo debemos formarnos un corazón agradecido sino formarlo también en los jóvenes que nos son confiados. Esta actitud es más necesaria en un tiempo en el que quizás prevalece la actitud de que *todo se debe*, de un exagerado protagonismo e individualismo, de la violencia y del acoso. Educar en el agradecimiento y en la no violencia no es para personas débiles o sin personalidad, sino para personas fuertes en el espíritu, capaces de abrirse al bien, de descubrirlo en el presente. Quiere decir educar un corazón de hijos, un corazón mariano.

En la preparación al CG XXIII hemos compartido la constatación de que los jóvenes están buscando una “casa”, es decir, buscan puntos de referencia también afectivos, que les hagan sentirse estimados, valorados, sobre todo amados y acompañados en su maduración integral. ¡Cuánta tristeza dan esos jóvenes que destrozan lugares y monumentos para ocupar el tiempo, porque no hay nadie que se ocupe de ellos y con frecuencia se sienten insignificantes!

Hacerles sentir parte del *monumento vivo*, quiere decir que descubran que pertenecen a algo o a alguien, que juntos se puede realizar un gran proyecto que les aportará alegría y felicidad.

Un corazón agradecido puede cultivarlo solo quien es consciente de que ha recibido un amor gratuito. Nuestra tarea es precisamente ésta: hacer sentir a los jóvenes que son amados, buscados, queridos, valiosos para nuestra vida y para la sociedad. Un corazón agradecido y no violento está abierto a la ternura, a la compasión, a la riqueza de la diversidad. Quien tiene un corazón agradecido sabe acoger la debilidad, sin juzgar. Su autoridad viene del testimonio de vida, de la coherencia entre palabras y hechos, de la alegría que habita en su corazón.

Hay un campo que desde siempre apasiona a los jóvenes: el del voluntariado y el de la pertenencia a las diversas asociaciones solidarias, de compromiso, de oración.

En el ámbito salesiano, no son pocos los jóvenes y las familias que se adhieren a la ADMA, al Movimiento Juvenil Salesiano, al VIDES y a otras asociaciones de voluntariado. Los jóvenes hoy tienen nostalgia de un mundo limpio, un mundo a medida de la persona, donde no existan discriminaciones y cada uno da su propia aportación a la cadena de solidaridad de generación en generación.

Un joven que se abre al don de sí es un joven que ha encontrado el sentido de su vida, su lugar en la historia: en la historia del grupo al que pertenece y en la misma sociedad; es *un joven misionero*. Estos jóvenes están dispuestos a colaborar en la construcción de un mundo mejor, a ofrecer su propia aportación para construir la civilización del amor. En mis visitas en algunos países del mundo, me quedo impresionada con frecuencia por el sufrimiento de los niños, jóvenes, mujeres y familias enteras a causa de la violencia que agrava su pobreza.

Pienso que para nuestro Instituto, ser monumento vivo, significa también un compromiso histórico que necesita una alianza renovada entre jóvenes y adultos, una conexión más vital con la historia, dar un sentido a la vida.

Nuestro tiempo necesita mirar al futuro con esperanza y amor: ¡no podemos defraudar esta exigencia!

Concluyo, queridas hermanas, con esta bellísima invitación del Papa Francisco: «Hagamos de la Madre la huésped de nuestro cotidiano, la presencia constante en nuestra casa, nuestro refugio seguro. Confiémosle cada jornada. Invoquémosla en cada dificultad. Y no nos olvidemos nunca de volver a Ella para darle gracias» (Homilía, 28 de enero de 2018).

Os deseo de todo corazón un luminoso mes de mayo con la alegría renovada de ser Hijas de María Auxiliadora, como ellas “auxiliadoras” entre las jóvenes y los jóvenes que nos han sido confiados.

El 24 de mayo estaréis todas presentes conmigo en Turín y juntas, agradeceremos al Señor las grandes cosas que realiza en cada una de nosotras, en el Instituto, en la Familia salesiana y en el corazón de tantos jóvenes.

¡Que Dios os bendiga!

Roma, 24 de abril de 2018

Aff.ma Madre